

CAPÍTULO LV

LAS COMEDIAS.—EL ENGAÑO Á LOS OJOS.

El hidalgo de las barbas de plata, que veinte años antes fueron de oro, desembocó en la calle de Atocha con pasos desengañados y tardíos. Un poquillo se corcovaba al andar, como quien siente cercana la hora de ir escarbando para echarse, y en lo fruncido y cejijunto del rostro, ordinariamente jovial y bien dispuesto, se advertía la desazón que por dentro le hurgaba.

Aquel día, su amigo el librero Juan de Villarroel le había hecho esta revelación desconsoladora:

—De la prosa de vuestra merced se puede esperar mucho, del verso nada.—Y cuenta que esto no lo decía el buen Villarroel en són de menosprecio, ni como opinión personal suya, sino invocando el sentir de un autor calificado y famoso, no sin cierto dejillo de lástima que bien notó el hidalgo, muy hecho á sufrir compasiones ajenas.

Mascullando su amargura, siguió rebozado en su capa, lustrosa más del cepillo que de la plancha del sastre, y deseando no pensar más en aventuras poéticas y teatrales, se escurrió hacia la amiga casa de la Trinidad, que á mano izquierda se parecía y señoreaba la calle, harto angosta por aquel sitio. Entró en el portal como en el de su propia mansión y se encaminó á la capilla, donde ya otras muchas veces había encontrado remedio á las fatigas y angustias de su vivir, al levantar el espíritu á las más altas consideraciones. El postigo abierto en el portón del Claustro dejaba ver los arcos de piedra, por los que trepaban jazmines, y en el jardín, tres apacibles acacias y un robusto y orgulloso laurel. De

pronto, cubrió y cegó toda la luz del postigo la imagen de la comedia triunfante en la persona del doctor Alonso Ramón, que del convento salía apresurado. El autor de *Las tres mujeres en una* y de *El santo sin nacer y mártir sin morir*, próximo ya á cambiar la pluma regocijada del dramaturgo por la severa del historiador, miró al poeta pobre desde lo más hondo de su hábito y le saludó presurosamente con una sonrisa que al hidalgo le supo á desdén merecido, la cual es la más agria manera de sonrisas que puede verse.

Le quitó aquello á Miguel la gana de acogerse al sosiego y paz de la Iglesia: giró sobre sí mismo, con juvenil rapidez, salió de nuevo á la calle de Atocha, cogitando las más lúgubres aprensiones, revolviendo entre sí mismo las palabras de Villarroel con la sonrisa, á su parecer, compasiva del fraile y doctor Ramón.

¿Quién le había dicho al librero lo que tanto acongojaba al anciano poeta? ¿Había sido quizás el propio doctor Ramón? ¿Serían aquellos jóvenes cortesanos que con tan buen semblante le recibieron y aplaudieron en las justas de Santa Teresa? ¿Quién podría saber si, como algunas veces él había sospechado, no estaban aquellos señoritos almidonados y sotiles burlándose de sus canas, quizá por instigación maligna de...? Pero, no: el hidalgo no quería nombrar siquiera en sus adentros al monstruo de la Naturaleza y señor de la monarquía cómica. Lope era su sombra, una sombra lumínica y radiante, que llenaba el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, tenía avasallados y puestos debajo de su jurisdicción á todos los farsantes y llevaba "escritos más de diez mil pliegos: y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las ha visto representar ú oído decir por lo ménos que se han representado: y si algunos, que hay muchos, han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito, á la mitad de lo que él sólo".

Pensando escribir esto recordaba el hidalgo las palabras que Villarroel, como loro, le había repetido, escuchadas por él á un autor de título y meditaba: "O yo me he mudado en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho, sucediendo siempre al revés: pues siempre se alaban los pasados tiempos".

Según iba andando con estas cavilaciones, los pies le llevaron sin querer al mentidero de representantes en la calle del León. Llamáronle unos cómicos que disputaban sobre cosas de su oficio y querían oír el parecer de tan donairoso ingenio ó por ventura reírle las gracias. El hidalgo los conocía á todos. Eran el gracioso representante y bailador Pablo Sarmiento, la vieja María Gabriela y su hija la moza Francisca María y otros varios, entre quienes la autorizada voz de Andrés de Claramonte, el autor de comedias famoso, se enredaba en polémica histrionil con el vozarrón de Pedro Cerezo de Guevara, su consocio.

Se hablaba ¿cómo no? de Lope, y otro comediante, Alonso de Heredia, aseguraba que el sol de la escena comenzaba á declinar hacia su ocaso. Decíase de cierto fraile de la Merced, llamado Tello ó Téllez, que había traído de los cigarrales de Toledo, en donde vivía, una famosa, bizarra y admirable comedia, *La Santa Juana*, donde el tropel y barahúnda de las de Lope, la sentenciosa ejemplaridad del Dr. Ramón, la dulzura del también doctor Mirademescua y el artificio del licenciado Miguel Sánchez, quedaban en muy obscuro y segundo lugar.

—Y de vuesa merced, señor Cervantes—agregó Alonso de Heredia—, también se dice que tenéis un cofre lleno.

Rieron los representantes al oír lo del cofre, con risa que al hidalgo se le antojó de mala sombra. Volvióles la espalda, tartamudeando, y triste, con tristeza mortal, dobló la primera esquina y entró en su casa.

El aposento en donde solía trabajar estaba en el piso bajo, con una gran reja á la calle. Al través de las verdosas vidrieras, nunca visitadas por el sol, á no ser en lo más importuno del verano, porque la fachada caía al Norte, no era raro ver al viejo poeta, sentado en un sillón de moscovia carcomido, ante una lironda mesa sin bufetes, trabajar en sus máquinas imaginativas de novelas y teatros.

Cuando llegó aquella tarde, estaba anocheciendo. Desciñóse la espada, colgó de un clavo capa y sombrero, salió un instante y volvió con un velón encendido que dejó en el suelo, junto al rincón donde se veía el cofre irrisorio. De éste fué sacando, uno

tras otro, los manuscritos de sus comedias, ni leídas ni representadas. Eran muchos pliegos grandes de papel de marca, barbudo y amarillento del largo esperar, borroneados de una letra gallarda española con alegres y generosos rasgos en las *eses* y en las *tes*. Allí pensó el hidalgo, en no lejanos tiempos, que se encerraba lo mejor de su caletre, allí la gloria de los futuros siglos, donde correrían sus alabanzas por todo lo descubierto del mundo. Y, encorvado como estaba, hecho un ovillo, sobre la boca negra del abierto cofre, la luz del velón que por bajo le hería arrancaba no sé qué aureola de chispas extrañas á los desdorados cabellos del anciano y alargaba su frente pensativa, haciendo del rostro aguileno algo así como un perfil de ave majestuosa y noble que arranca de llameante y hondo cráter la codiciada presa.

En las comedias no leídas ni representadas había puesto él todos los grandes amores de su existencia. Renunciar á la gloria de verlas en el teatro le costaba harto más pesadumbre que cuanto le causó con sus dislates é insultos el falso Avellaneda. Recogerlas ó publicarlas sin que el público las viese era como hacer el testamento, despedirse del mundo, legar á la posteridad algo que los contemporáneos no habían sabido comprender. Sólo con voltear y hojear las comedias podía hacer un resumen de toda su vida.

Tres de ellas, *Los baños de Argel*, *La gran sultana doña Catalina de Oviedo* y *El gallardo español*, completaban y resumían toda la época de su cautiverio. Repasándolas, reconocía Cervantes el mérito de su traza y de sus frases, como aquella de *El gallardo español*:

mas que venzáis no lo dudo,
que el cobarde está desnudo
aunque se vista de acero...

y de los tipos tan admirablemente reales como el soldado Buitrago, de esta misma obra, el cual supera á todos los graciosos de Lope y de Tirso: y de aquel maravilloso romance de cautivos y forzados, parangonable con los mejores del *magno Cordobés*, á quien Cervantes honró imitándole:

Dió fondo en una caleta
de Argel una galeota,
casi de Orán cinco millas,
poblada de turcos toda...

Pedazos de su corazón eran las escenas de *Los baños de Argel*, el más poético de cuantos dramas se han escrito con este asunto, en donde se lee el romance

A las orillas del mar
que con su lengua y sus aguas...

y en donde se presentan las trágicas, inocentes, archiespañolas figuras de los dos niños cristianos Juanico y Francisquito, que mueren mártires de su fe en una escena conmovedora, evocada tal vez por el recuerdo de los santos niños Justo y Pastor, patronos de Alcalá de Henares, y tanto más digna de notarse cuanto que no sobran tampoco en nuestro teatro ni en nuestra novela tipos de niños interesantes y simpáticos, como los hay de muchachos hampones, sacudidos y pícaros: que de grandes genios de la invención poética (Dickens, Balzac, Galdós) es el estimar y aprovechar la niñez y la locura como piedras de toque de la madurez y de la razón.

En *Los baños de Argel*, como en la vida ocurre muchas veces, los dos niños son los personajes que piensan con mayor rectitud y cordura, los que sienten con más noble honradez. Y tanto en ésta cuanto en la otra obra no podía menos de reconocer su autor, como de mano maestra, los personajes judíos que en ellas aparecen. En ellos (pormenor que no han reparado tantos críticos al hablar de las comedias de Cervantes, sin haberlas leído con la atención necesaria á la honra de su autor y á la propia estimación del crítico) se encuentra resumido el carácter y la idiosincrasia y temperamento de los judíos de todos los tiempos y naciones.

Por fin, en *La gran sultana* aparecía la vida de Constantinopla pintada con viveza y realidad no inferiores á las del relato verdadero del ingenioso truhán y escritor excelente Cristóbal de Villalón ó *Cristóforo Gnophoso*, y á esta comedia pertenece un

soneto que debió de ser de los que Miguel enseñó al Dr. Sosa en la prisión de Argel, y en el que nadie ha reparado:

A tí me vuelvo, gran Señor, que alzaste
á costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán primer caída
y á donde él nos perdió, tú nos cobraste.

A tí, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida
y hallándola del lobo perseguida
sobre tus hombros santos te la echaste.

A tí me vuelvo en mi aflicción amarga
y á tí toca, Señor, el darme ayuda
que soy cordera de tu aprisco ausente,
y temo que, á carrera corta ó larga,
cuando á mi daño tu favor no acuda,
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

Estos sentimientos, que en la gran tribulación de Argel llenaron su alma, no andaban muy lejos de ella en la ocasión presente, al sentir su amor propio herido por el dictamen de un autor cuyo nombre ni conocía ni osaba sospechar. ¡De los versos de vuestra merced, nada puede esperarse!... ¡Oh, sí, á la justicia y misericordia divina sería necesario encomendarse y al juicio de los siglos venideros! Y acaso, con esas adivinaciones y vislumbres de los hombres de genio, imaginaba que también los venideros siglos habrían de ser injustos y considerarle como un poeta de segundo orden y menospreciar sus versos... Tal vez preveía la acerba, la injusta, la arbitraria, la petulante sentencia del hinchado orador en verso, D. Manuel Josef Quintana; tal vez adivinaba los desprecios de tanto y tanto poetastro ridículo y de tanto crítico chirle como habían de aseverar después, sin leerlos, que los versos de Cervantes eran malos y desdichadas sus comedias.

Desde las escritas con recuerdos de Argel y de la vida turca, vagaban sus ojos á las compuestas con asunto italianesco ó de lecturas italianas, como *El laberinto de amor*, obra juvenil, de los tiempos en que los amores halagaron fugitivos y volanderos el corazón del poeta soldado: y á las sacadas de los libros de caballerías, *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, donde apare-

cen y hablan el emperador Carlomagno y Reynaldos de Montalbán, Roldán, Bernardo de Carpio, el traidor Galalón, el encantador Malgesí, la hermosa Angélica, en suma, los personajes principales de la leyenda caballeresca del ciclo carlovingio. Libro de caballerías llevado á la escena, como también lo había intentado Lope, singularmente en aquel cuadro admirable de *Las pobreza de Reinaldos*, tiene el drama cervantino una parte bucólica y pastoril muy parecida por su tono y ambiente á la que el titán Guillermo Shakespeare gustó de intercalar en algunas comedias caballerescas suyas, como la titulada *As you like it* (*Como gustéis*) y para que no faltara, ni aun en tan complicado embolismo legendario, la nota realista y alegre que el autor llevó siempre en su alma, hay en la *Casa de los celos* un tipo de vizcaíno gracioso, de los que el autor vió cuando niño representar en Sevilla al gran Lope de Rueda, cuyos donaires recordados cuando viejo le regocijaban y refrescaban los cansancios y enojos de la ancianidad.

Ni podía faltar en un repertorio tan variado cual el de las ocho comedias del cofre, una divina y ejemplar, donde se presentase el tipo español puro del libertino que se arrepiente y se vuelve santo (*San Franco de Sena*, *Don Alvaro* y todas sus imitaciones y contrafiguras), Mañara antes de Mañara: y este Mañara que se parece tanto al verdadero por ser paisano suyo y haber bebido las aguas y respirado los aires del Guadalquivir, este Mañara que en su primera vida es un rufo, un jaque, un *hombre* como los de la cárcel de Sevilla, y á quien vemos retratado en la casa de la Caridad, que él fundó, con una cara parecidísima á la del bufón velazquino Pablillos de Valladolid, es decir, tal y como era antes de convertirse, y á quien después vemos macerado, ennoblecido, hermoñado por la penitencia y la contemplación en la mascarilla que en la misma casa de la Caridad se conserva, no es otro sino *El Rufián dichoso Cristóbal de Lugo*.

Sin reconocer cómo Cervantes poseía el poder de la adivinación y olfateaba y presentaba los grandes tipos románticos de la escena española, y de la gran comedia de nuestra vida espiritual, han pasado los ojos por esta singularísima obra y cantera, de don-

de tantas otras han salido, los que, trillando neciamente la opinión oída por Villarroel, el librero, siguen creyendo que Cervantes no era autor dramático ni sus comedias han de tenerse en cuenta. ¿Qué más español, más valiente, más castizo y más de autor dramático que la escena de la tentación en este asombroso drama, al que ni Calderón ni Tirso, en otras semejantes situaciones, han aventajado? ¿Conocería y comprendería claramente Cervantes lo que su *Rufián dichoso* era, como lo apreciamos hoy, á posteriori, sabiendo que fué escrito bastantes años antes de la conversión de Mañara, y que en él están todos los sentimientos y casi todos los hechos que en tan dramática acción acabaron? ¿Es un caso tan frecuente este de que un autor hunda la mano en las entrañas de la sociedad y sepa sacar de ella, como vísceras palpitantes, los sentimientos vivos que la guían y que han de producir y engendrar hechos aún no ocurridos? ¿Son tantos los autores dramáticos, anteriores y posteriores á quienes el cielo concedió este dón de anticiparse á la verdad, rebuscándola en lo más hondo y recatado de la conciencia contemporánea?

Desde las comedias tornaba la vista el anciano escritor á los entremeses, y primeramente al que llamó comedia, por tener tres actos, á *Pedro de Urdemalas*, farsa graciosísima, donde se presentan escenas magistrales de gitanos andaluces, notados con goyesca precisión, y al sainete ó juguete cómico, en tres jornadas también, titulado *Comedia Entretenida*, en la que se propuso tan sólo hacer reír á su público, y lo hubiera conseguido, y lo lograría hoy, si tan regocijada invención se representase.

Palpaba y casi no veía la injusticia con que los cómicos y, por lo visto y oído, los poetas trataban tan excelentes obras. Trabajo inmenso le costaba el venderlas á vil precio, como el que, en último resultado, le ofreció Juan de Villarroel, después de decirle lo dicho, sin duda para rebajar algo la cantidad. Por fin, se decidió á darlas á la imprenta, acompañándolas de ocho entremeses, *La elección de los alcaldes de Daganzo*, *El rufián viudo*, *El juez de los divorcios*, *El retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca*, *El vizcaíno fingido*, *La guarda cuidadosa* y *El viejo celoso*, ocho obras maestras, ocho joyas en que Miguel Angel se

volvió Benvenuto. Harto se le alcanzaba al hidalgo que en ellas había llegado al posible extremo de la perfección artística.

Con todo, resuelto ya á vender tan rica parte de su juventud pasada, recogió sus manuscritos, los colocó amorosamente en la mesa, y de una alacénilla sacó otros pliegos más recientes, llenos de borrones y tachaduras: eran el manuscrito de su obra maestra, de la que había de tapar la boca á los murmuradores y henchir de hiel á los envidiosos y de contento á quien la viese representar. Titulábase la comedia no concluída aún *El engaño á los ojos*, y la miraba su autor como miran los padres sesentones á sus hijos recién nacidos. Una vez que aquella obra sin par se conociese y diera á luz, sin duda alguna que se hablaría de quien la compuso, como se hablaba del doctor Ramón y del divino Miguel Sánchez y del otro mercenario de Toledo: y la lengua de hacha de Góngora y la lengua bisturí del doctor Cristobal Suárez de Figueroa se embotarían para siempre.

En cuanto á Lope.... ¡oh! al pensar en Lope, el hidalgo sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo era, de qué estaba hecho aquel hombre para quien el teatro no tenía dificultades ni secretos, y que arrojándose por precipicios insondables, llegaba siempre sano al fondo, y hallándose toda la vida consagrado á *ocupación continua y virtuosa*, halagado por los príncipes, buscado de las damas, aclamado del pueblo, admirado por los doctos y festejado, sin saber por qué, de los ignorantes, producía, producía y producía, manaba fábulas trágicas y cómicas, sin cansancio ni agotamiento? ¿Era fácil, era posible contender con semejante monstruo? ¿Qué armas para tal competir serían ocho comedias viejas y una nonnata, aunque ésta fuese, como era, de juro, la octava maravilla?

Y al pensar esto, no con envidia, que jamás cupo en su pecho magnánimo, sino con el sentimiento claro de la propia y de la ajena valía, que es insólito entre los escritores, el poeta viejo dióse á revolver su manuscrito y á encontrar en él defectos y tachas en que nunca antes reparó.... y justo, cual siempre, en la apreciación de los hechos, vió manifiesto y patente el sentido oculto, arcano del título de su última y perfecta comedia: *El engaño á los ojos*.

Inclinó sobre ambas manos, en la mesa acodadas, la extensa frente luminosa, y dejó abrirse en el rostro largo dos surcos hondos y correr por ellos no se sabe qué humedad aceda.

Así estuvo una hora muy larga, hasta que vino á sacarle de su ensimismamiento y tristeza el mismo Lope, aún gallardo y buen mozo, la vestimenta de clérigo, los ojos alegres y provocativos, el bigote marcial. Pasaba por la calle, había visto á su vecino, quiso tener con él una conversación, necesaria para quitarle ciertos resquemores, y al entrar y verle en tan extraña aflicción, que ni aun había notado la presencia de su visitante, miró de hito en hito al desconsolado poeta, púsole cariñosamente ambas manos en los hombros, y con voz afable le preguntó:

— ¿Cómo es esto? Estáis llorando, señor Miguel de Cervantes?....